

LA CHABOLA POÉTICA

Seisdedos

«Mientras muchos cantos de la península tienen la facultad de evocarnos los paisajes donde se cantan, el cante jondo canta como un ruiseñor sin ojos. Canta ciego y por eso nace siempre de la noche. No tiene mañana ni tarde ni montañas ni llanos. No tiene más que una luz de noche abstracta donde una estrella más sería un irresistible desequilibrio.»

Federico García Lorca, *Arquitectura del cante jondo*

Vamos a contradecir a Lorca. Vamos a devolverle al ruiseñor sus ojos, su mañana y su tarde. También sus paisajes. Sus montañas y sus llanos, por supuesto, pero también otros que por derecho le pertenecen: sus bares y sus extrarradios, sus cárceles y sus mercadillos, sus industrias y sus ferrocarriles. Todo aquello, en fin, que estuvo siempre ahí pero se quedó fuera de las visiones rurales y arcaizantes del flamenco. Ya puestos, vamos a darle también, por si quiere sobrevolarlos, otros paisajes más metafóricos: fondos marinos, planicies lunares o callejones expresionistas. Y junto con ello, una galería de seres, personajes y situaciones que son perfectamente imaginables tras la letra de cada cante flamenco.

Todo ello puede parecer extraño, pero es que este libro es en sí un objeto extraño: una colección de cantes flamencos ilustrados. Más extraño aún es que nadie lo haya hecho antes: ¿cómo es posible que en el último siglo y medio ningún ilustrador haya trabajado sobre la inabarcable tradición poética del flamenco? Es sorprendente, en un gremio que nació con la imprenta y desde entonces se caracteriza por crear imágenes subordinadas a alguna clase de texto; y en un país que tiene en su tradición gráfica nada menos que a Goya, acostumbrado a combinar palabra y texto en sus grabados y a reflejar en ellos esos “tipos populares” tan estrechamente relacionados con el flamenco.

Han existido numerosos artistas gráficos aficionados al género, y sus trabajos han reflejado a menudo la estética -mejor sería decir las estéticas- del flamenco, cuando no han contribuido directamente a forjarla. Pero ninguno se paró a trabajar sobre las letras flamencas, pese a que contienen un océano de imágenes, situaciones e ideas que deberían tentar a cualquier dibujante. El motivo tal vez haya estado en la taxativa división clasista entre alta y baja cultura, con la que el flamenco tuvo que lidiar durante tanto tiempo. Quizá este género de poesía popular y lumpen -de tradición oral, autoría anónima y escasa preocupación por las formalidades gramaticales- fue considerado indigno incluso de la ilustración, esa hija plebeya y bastarda de las Bellas Artes.

Quizá lo que finalmente ha creado las condiciones de existencia necesarias para este libro, es la disolución de las barreras entre alta y baja cultura, cultura de masas y cultura de élites: una vieja noticia del siglo XX, de la que algunos aún no se han enterado. Eso, y que por fin hemos asumido que un libro ilustrado no tiene por qué ir dirigido necesariamente a los niños.

Por seguir alimentando extrañezas, también puede parecer extraño que la poesía flamenca y la ilustración actual tuvieran hace mucho tiempo un ancestro común. Me refiero a los “romances de ciego”, que se cantaban o recitaban acompañados de un pliego impreso con grabados alusivos a los versos... Pero en algún momento palabras e imágenes tomaron caminos separados. La ilustración se alejó de toda tradición oral para unirse definitivamente al libro, la prensa, la publicidad y las artes aplicadas. Por su parte los romances cayeron en desuso, pero -como esas lápidas romanas reutilizadas en la construcción de muros medievales- muchos tuvieron una segunda vida integrados en el repertorio lírico del flamenco. Un repertorio construido con toda clase de materiales de aluvión, como una verdadera chabola poética. Y me permito esta imagen, que me parecería frívola en cualquier otra circunstancia, porque sólo el flamenco ha sido capaz de extraer poesía de la miseria.

No me pareció mala idea, cuando inicié este trabajo hace más de tres años, volver a reunir lo que estuvo tanto tiempo separado. Ver qué había sido de los romances y qué había sido de aquellos rudos grabados que los acompañaban en los pliegos de cordel. Como ya he dicho, encontré a los primeros fusionados con el gran caudal de la poesía flamenca, y a los segundos casi irreconocibles tras las múltiples evoluciones y mestizajes que han dado lugar a lo que hoy llamamos “ilustración”: una

disciplina de vida explosiva y desbordante, pero atrapada entre la precariedad total y un absurdo ideal de *glamour* elitista que algunos se empeñan en atribuirle.

Decidí volver a anudar los dos cabos y ver qué pasaba. Lo hice a mi manera, porque considero que lo flamenco debe tener la libertad creativa que tiene hoy la ilustración, y la ilustración el rigor y la seriedad en el oficio que siempre tuvo el flamenco. Éste no es ni pretende ser un trabajo para *aficionaos* -es decir, iniciados en el flamenco-, o al menos no sólo para ellos. Su propósito es abrir para cualquier persona una puerta de entrada, quizás insospechada, al mundo de la cultura flamenca. Un mundo dinámico, contradictorio, complejo y abigarrado que no ha dejado de fascinarme desde que empecé a conocerlo. Habré tenido éxito si consigo provocar en el lector o lectora una mínima parte de esa fascinación.

*Y si no es verdad,
que Dios me mande un castigo grande
si me lo quiere mandar.*